

29 de febrero

Camila Freire Calvopiña

29 de febrero del 2020, hoy es el primer aniversario; técnicamente vendría a ser el cuarto aniversario, pero dado a que los 29 de febreros sólo suceden cada cuatro años lo considero como el primer aniversario. Aniversario de qué, os preguntaréis, es una pregunta un poco difícil de explicar y, para ello, deberéis quedaros sentados y acompañarme por un rato más, tened paciencia.

Refriego mis ojos mientras regreso a ver el reloj sobre mi mesita de noche. Son las 3:24 am, la hora en que sucedió todo. Es curioso como un solo momento tan banal y simple recopila toda tu vida en una serie de hazañas y aventuras.

Me llamo Sergio, soy Fisioterapeuta desde hace ya más de diez años, he trabajado todo este tiempo en residencias o, al menos, eso era así hasta el acontecimiento de hace algunos años. Hoy por hoy me dedico a hacer visitas a casa. Me queda un poco justa la paga, pero hago lo que se puede, puedo pagar la renta, la comida para mi gata y vivir decentemente.

Hace cuatro años trabajaba en una residencia. Había bastantes pacientes que padecían demencia o estaban en etapas severas de esta, algunos con Alzheimer. Ahí, desgraciadamente, tuve que observar cómo mi propio abuelo fue poco a poco olvidándose de quién era, quiénes éramos y todo a su alrededor. Fue duro verlo así, ver a un hombre tan fuerte, que levantó a la familia por sí solo, ser destrozado por una enfermedad tan maldita. Esa no es la historia que me llevó a renunciar a las residencias, sin embargo, considero que fue uno de los motivos.

Después de bastante tiempo intentando volver a dormir llego a la conclusión que el sueño no va a volver a mí, así que decido levantarme de la cama y aprovechar el tiempo que tengo, intentar ser algo más productivo de lo que estoy siendo. Voy a la cocina a prepararme una taza de café, aunque puede ser contraproducente debido a que son, como ya dije, las 3:30 am, pero, en este punto, prefiero quedarme despierto. Veo a mi gata meterse entre mis piernas, su forma de decirme que quiere cariño. Se llama Gata, mi hermano la nombro cuando tenía dos años y, teniendo en cuenta que no podía decir muchas palabras todavía, la gata se quedó como Gata, un poco seco para mi gusto.

—Hola Gata, ¿tú tampoco podías dormir?

Nos dirigimos al sofá en la sala y enciendo la tele, están pasando una película de los setenta en cuanto la pantalla vuelve a la vida; eso es mejor que nada. Mientras tanto Gata

se coloca en mi regazo y con la mano que tengo libre la acaricio, arriba de la tele está mi título de Fisioterapeuta, la promoción de 2008, justo después de graduarnos nos manteníamos en contacto casi todos los días con mis compañeros, pero, con el paso del tiempo, perdí el contacto con casi todos, hoy por hoy sigo hablando con dos amigos y, de vez en cuando, con Ainoa, mi ex.

Recuerdo el día de la graduación como si hubiera sido ayer, todos llenos de felicidad, de alegría, de no tener que volver a quedarse estudiando hasta altas horas en la madrugada, claro, hasta que cada uno elija su máster. Toda esa velada fue un momento muy épico en nuestras vidas, con incertidumbre del futuro y con ganas de saber que nos esperaba.

Para ese punto en mi vida ya llevaba trabajando en la residencia un año, lo hice por cuidar a mi abuelo y ayudarlo. Él estaba en las etapas iniciales de la enfermedad, todavía no llegaba lo peor. Había ya tomado la decisión que trabajaría allí un tiempo y luego realizaría mi máster, eso nunca se llegó a cumplir, pero era porque amaba trabajar en la residencia. Me dedicaba a hacer terapias grupales, y si era necesario, individuales para los ancianos, a que no perdieran su movilidad, que se ejercitaran, aunque sea una hora al día. En esa residencia también atendíamos a pacientes que habían sufrido accidentes graves que los habían dejado paralizados o con un daño grave en alguna extremidad o problemas de movilidad. Amaba el trabajo, el lograr que los abuelos volvieran a moverse, que ya no tuvieran dolores en las articulaciones y verlos más felices me hacía feliz.

Había una paciente en particular, se llamaba Eugenia, que me hacía la vida imposible y a la vez me alegraba verla. Sufría de un síndrome que atacaba a su sistema periférico, por esto tenía problemas para respirar, para moverse y, poco a poco, se quedaría parálitica, pero yo creía fielmente que si hacíamos ejercicios diarios con ella y la movilizábamos lograríamos no llegar nunca a esa parte. Eugenia era testaruda, tenía mal genio y no era nada cooperativa. Todo eso cambió una vez; Mia llegó a la residencia.

Mia era su nieta, su única nieta, era más como su hija porque sus padres se habían ido hace mucho tiempo, entonces era solo ella. Mia llegó de forma extraña, no vino de visita ni nada por el estilo, vino porque quería que le atendiera y le hiciera terapia a ella también, pues decía que Eugenia le había hablado muy bien de mí y que, últimamente en las llamadas que tenía con su abuela, se daba cuenta que cada vez sonaba más tranquila y relajada y cuando le contó que un día haciendo terapia pudo caminar sola sin su bastón fue lo suficiente para persuadirla. Mia tenía dos años menos que yo, era bailarina de ballet. Hace dos años sufrió un accidente en coche que le llevó a tener una cirugía en la

cadencia Después de eso moverse y, peor aún bailar, era demasiado doloroso, y hace unas semanas le diagnosticaron la misma enfermedad que a su abuela, pero estaba convencida que con mi ayuda ella podría evitar lo peor de esta patología.

Empecé a trabajar con ella tres veces a la semana, después de mi última sesión grupal del día, los primeros dos meses todo iba genial, ella era amable, hermosa, graciosa y risueña; era una mujer que, a pesar de todo, seguía creyendo que todo iba a salir bien. Me platicaba de su vida en el ballet, que su abuela fue quien la incentivó a hacerlo, y que esa había sido la mejor decisión que tomó en su vida. Poco a poco nos empezamos a acercar más, ella, Eugenia, mi abuelo y yo almorzábamos y cenábamos juntos, platicábamos sobre nuestra vida y yo hablaba de lo orgulloso que estaba de ambas por seguir creyendo en mí y no rendirse ante las adversidades. Desgraciadamente también estuvieron presentes la primera vez que mi abuelo tuvo un ataque. Era una noche como cualquier otra, donde hablábamos de hazañas del pasado, mi abuelo mencionó a mi abuela y que la extrañaba, me preguntó cuando vendría a vernos. Mi abuela para este punto llevaba siete años muerta y mi abuelo lo sabía, porque fue él quien se quedó a su lado todas las noches en el hospital. Tuvo un ataque, lanzó las cosas por el aire e hirió a Mia. Cuando se dio cuenta de eso se puso a llorar y pidió perdón, llorando como un bebé, me di cuenta de que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, mi abuelo terminaría olvidando toda su vida, pero Mia estuvo ahí para mí. Me abrazó y me dijo que todo saldría bien, ella estaría allí para mí.

En diciembre de 2015 recibí una llamada de Mia, poco más tarde de medianoche. Estaba histérica y no podía entenderla, me pidió que vaya a verla y eso hice. Sus piernas habían dejado de funcionar. Se había levantado de la cama para ir al baño, pero sus piernas no reaccionaban, y no sabía que más hacer. La llevé al médico, donde nos dieron la noticia que su enfermedad estaba avanzando, al inicio estaba muy motivada a seguir el tratamiento, hacíamos masajes, máquinas, ejercicios para mejorar su movilidad, pero todo se vino abajo cuando tuve que usar silla de ruedas. Ya no podía mover sus piernas como ella quería, no podía ir al baño sola y la parte derecha de su cuerpo estaba en cierto tipo de parálisis, fue horrible ver como poco a poco perdía esa luz que tenía al inicio. Yo nunca me rendí, ni con ella, ni con Eugenia, ni con mi abuelo, seguí haciendo planes de tratamiento, consultas y ejercicios con ellos todos los días, pero podía ver como los tres se me escapaban de las manos, cansados de no ver resultados, cansados en general. Eugenia empezó a tener bastantes problemas para movilizarse y la confinaron a una

camilla, en donde usaba una máquina para respirar, porque su cuerpo ya no respiraba por sí mismo. Mi abuelo se olvidó quién era yo y Mia, ya no era la misma.

No tenía nada de ánimo de seguir adelante. A comienzos de enero tuvo que contratar ayuda en su casa, porque ya no podía hacer nada, respirar le costaba mucho, no lograba tragar bien la comida y tenía constantes mareos.

La veía cada vez menos en la residencia y las veces que fui a visitarla no quería verme. Eugenia decía que era porque a Mia jamás le había gustado pedir ayuda, y ahora sin ayuda no podía hacer nada.

La última vez que la vi fue la semana previa al 29 de febrero, era un martes y estaba haciendo terapia grupal, cuando la clase acabó vi una silla de ruedas acercarse. Era ella, llevaba puesta un vestido, estaba maquillada y peinada, se veía hermosa, más hermosa de lo que era.

- "¿Mia? No te he visto en mucho tiempo, ¿qué haces aquí? Te ves hermosa

- Gracias, venía a pedirte que me acompañaras a la cafetería Sergi, es una sorpresa

Él amaba que le hubiera puesto como de apodo Sergi, amaba oírle hablar, la amaba, y todos lo sabían.

- Claro, arreglo esto y te veo allí, ¿te parece?

No sabía que trucos tendría que haber utilizado para lograrlo, pero la cafetería estaba arreglada como si fuera un restaurante, estaba encendida con velas, sonaba una melodía por los altavoces y había una mesa en donde estaba Mia, viéndole y sonriendo. Fue una velada hermosa, nos reímos del hecho de que ella estaba con vestido y yo con mi uniforme. Hablamos hasta muy tarde, me contó sobre el nuevo libro que estaba leyendo y cuando la velada acabó nos dimos un beso. El primero y el último, fue hermoso, y era la persona más feliz del mundo. Mia salió feliz de la cena, y yo tenía la sonrisa más grande que en mi vida había tenido. Y a pesar de lo tarde que era, fui a la habitación de mi abuelo a contarle todo; fue raro al principio porque el abuelo no sabía quién era yo ni de quién estaba hablando, pero después de un rato de hablar se acordó. Tenía tantas ganas de volverla a ver. Y de volver a besarla.

Recibí la llamada a las 3:24 am un 29 de febrero de 2016, Mia ya no estaba. La habían encontrado en la bañera, había puesto pestillo a la puerta para que nadie la molestara. Ahora por fin estaría en paz, podría caminar, correr, hacer todo lo que quisiera, volver a bailar, eso era su verdadera pasión. Ya no estaría en dolor.

Aun así, el no haber logrado ayudarla me rompió en sitios que no sabía que se podían romper. Después de que ella se fuera la residencia era tan silenciosa, no tenía el corazón de visitar a Eugenia, y creo que ella tampoco quería verme, con los recuerdos todavía a flor de piel. Una semana después Eugenia nos abandonó también, se había rendido con el tratamiento. No tenía ningún otro motivo para seguir intentando mejorar, así que dejó que la enfermedad la consumiera poco a poco y una noche, simplemente, dejó de respirar. Unas semanas después de eso mi abuelo sucumbió a su enfermedad, ya no recordaba quienes éramos, ni donde estábamos, no se acordaba de su nombre, y poco a poco fue perdiendo todo su ser, hasta que quedó este caparazón de persona que una vez fue el abuelo más cariñoso e increíble del mundo. Que todas estas cosas pasaran alrededor de semanas fue un golpe muy grande para mí, mi abuelo nos abandonó un 4 de marzo de 2016. Vino toda mi familia, y fui yo a quien eligieron para leer algo, pero no podía; cómo iba a describir a un hombre tan maravilloso en pasado, como podría decir que nunca sufrió en su enfermedad cuando fui yo quien le vio en sus ataques de ira, en su miedo al no saber quién era yo, y la primera vez que olvidó su nombre. Al final fue una tía quien lo hizo.

Ahora los tres se tendrían los unos a los otros, mi abuelo se reuniría con mi abuela, y acompañarían a Mia y a Eugenia, los tres siempre estarían juntos, lo sabía.

Debido a que yo era el que tuvo más conexión con la familia me pidieron si podía recoger su habitación, ver todas las cosas que fueran valiosas para enviarlas al familiar más cercano. La idea no me entusiasmaba para nada, pero era mi trabajo. Pero no estaba preparado, no estaba listo, entrar a esa habitación y no ser recibido por la sonrisa cálida de Mia, las quejas de Eugenia, sus comentarios sobre la cena, que Mia me contase sobre el nuevo libro que estaba leyendo, fue mucho. No respiraba, sentía un bulto en la garganta y mis ojos se estaban llenando de lágrimas que se negaban a abandonar su nido, regrese a ver a la mesita de noche y ahí estaba todavía, la foto de las dos, juntas, sonriendo, siendo felices, y justo al lado el último libro que Mia estaba leyendo, uno que nunca llegó a acabar, y nunca podrá. Hoy en día creo que tuve un ataque de pánico, no recuerdo mucho de qué pasó después. Un compañero me vio desde el pasillo y según él me desmayé, me había bajado la presión y cuando estuve un poco consciente no dejaba de repetir las mismas palabras una detrás de la otra "fue mi culpa, no pude, fue mi culpa no pude, fue mi culpa no pude". Entregué mi renuncia al día siguiente. Nadie me cuestionó ni pidió que me quedara, todos lo entendían y me abrazaron al irme.

Antes de cruzar la puerta me detuvo Rodrigo, él fue quien realizó la limpieza de la habitación de Eugenia al final. Me dijo que nadie de la familia quería sus pertenencias, así que no tendrían más opción que tirarlas a la basura, lo cual me entristeció más. Rodrigo me entregó lo que parecía ser un diario, dijo que no lo había abierto, pero sabía que si alguna de ellas hubiera querido que tuviera sus recuerdos sería yo. Se lo agradecí y me fui. En el metro vuelta a casa no podía estar quieto, sabiendo que en ese diario estaban los últimos pensamientos de alguna de ellas dos. No quería que, si fuera algo malo, fuera lo último que me llevara de ellas, así que llegué a casa y lo guardé en el canapé, dentro de una maleta, así no me lo cruzaría sin querer. Y después de todos estos años, sigue ahí, acumulando polvo.

Regresé a ver la hora en el reloj colgado justo al lado del título del grado, eran ya las 5:29 am, y tenía la primera cita del día a las 6:15 am. Así que apagué la tele y me levanté, disturbando un poco a Gata en el proceso. Se había quedado dormida y el levantarme tan abruptamente no le gustó para nada. “Lo siento Gata”. Recibí una mirada de odio en respuesta y me apresuré a la habitación.

Eran inicios de invierno, lo que quería decir que el tiempo podía estar gracioso afuera. No tenía ningún jersey lo suficientemente abrigado para salir tan pronto en la mañana, así que me dirigí al canapé a buscar uno. Me agaché y lo abrí, viendo el jersey que estaba buscando en primera fila, cuando fui a agarrarlo vi la maleta donde estaba el diario.

Habían sido tantos años y a la vez solo uno, tanto tiempo evitando pensar en ellas, en no pensar en lo defraudado que estaba de mí mismo, en que no pude ayudarlas. No sé qué fuerza se apoderó de mí, porque antes de que yo lo supiera, estaba sentado en el piso de mi habitación con el diario en las manos. Estaba temblando, con miedo de lo que me podía encontrar a una página de distancia, con las manos temblorosas deshice el envoltorio en el que estaba guardado y miré la portada, era un diario de cuero, de color marrón oscuro y con unos diseños de flores en las esquinas, tenía bastantes años por su apariencia. Abrí la primera página y lo que me recibió al otro lado no era algo que me esperaba, era una dedicatoria para mí, escrita por Mia, unos días antes que todo sucediera.

*“Querido Sergio, no sé si algún día llegues a leer esto, pero, quería dejar en esta nota constancia que, la decisión que estoy tomando, es enteramente por mí, tú no tienes nada que ver en ella, me has ayudado tanto que creo que ni siquiera te das cuenta de ello, nadie me ha hecho reír tanto como tú, ni se ha quedado para escuchar el resumen del libro que estoy leyendo, nadie me ha cuidado a mí ni a mi abuela como tú, y veo el brillo en tus ojos cada*

*vez que hacemos terapia. Sé que tienes esperanza y me mata arrebatártela, pero es lo que tengo que hacer. Ayer fui al médico y después de una resonancia y unas pruebas me dijeron la cruda verdad. Es posible que nunca llegue a recuperar la movilidad de mis piernas, y que poco a poco la enfermedad que está en mi cerebro consumirá el movimiento de mis brazos, tronco y el resto de mi cuerpo, que puedo intentar seguir haciendo los ejercicios que hacemos y realizar el tratamiento, pero aun así con todo eso, no están seguros de que evite lo inevitable. Haberte conocido ha sido una de las cosas más bonitas que me han pasado desde esta detestable enfermedad, ver como crees en mí y que puedes ayudarme me ha hecho levantarme de la cama, y verte sonreír es como ver a una estrella brillar. Eres un ser de luz Sergio, no dejes que nadie te lo quite, ni siquiera yo. Lamento mucho la decisión que voy a tomar, pero mi vida entera era bailar, no puedo vivir esperando el momento en que ya no me pueda mover, no puedo vivir con ese miedo todos los días, siento hacerte esto, en serio, lo siento mucho Sergi. Te quiero Sergio, cuida a mi yaya mientras no estoy, gracias, por todo”*

No me di cuenta cuando fue el momento que empecé a llorar, mi cara estaba empapada y estaba temblando incluso más, después de tanto tiempo, después de todo lo que había pasado. Me quedé ahí, sentado en el piso leyendo una y otra vez la carta, ahí estaba, la respuesta que me había atormentado por tantos años, todas las pesadillas que había tenido por esto por fin estaban resueltas. Pasé a las siguientes páginas, eran fotos de Mia bailando, en el escenario con el traje, con Eugenia, ella recibiendo flores después de una presentación, y la última, la cual no sabía que existía, una foto de los dos, alguien en la residencia les había hecho la foto, eran Sergio y Mia, mirándose a los ojos, sentados en la cafetería de la residencia, en su última cena juntos, ella estaba hermosa, y el despeinado. En la parte de abajo había una leyenda, tenía los ojos tan llorosos que era difícil de leerla al inicio. Esta decía, *“Con cariño, para Sergi, mi motivación y mejor amigo, te amo”*.

El maullido de Gata me devolvió a la realidad, eran ya las 5:50 am, si no salía rápido no llegaría a mi consulta. Me limpié las lágrimas y fui al baño, lavé mi cara, me peiné y miré mi reflejo en el espejo, el fantasma de quien un día amó tanto que pensó que podría evitar el destino de la chica que más ha amado. Cogí las llaves del coche, serví la comida de Gata y salí por la puerta.

Cuando llegué al coche lo primero que hice fue sacar la foto de Mia que la había guardado en la billetera y la coloqué encima de la radio, para que siempre me acompañara. *“Perdona haberte fallado, y perdón por no haber comprendido tu dolor, te amo”*. Arranqué el coche hacia la casa del paciente. Rumbo a intentar salvar otra persona, pero

ahora entiendo que, no siempre voy a poder salvar a todos, pero haciendo mi paz con ello. Sé que ellos me vigilan y me cuidan desde donde sea que estén, y estoy severamente agradecido de haber conocido a las personas más fuertes del mundo. Todo será para ellos. Todo será para el bien y cuidado de mis pacientes